

EL SILENCIO TIENE PAREDES GRISES

“... la una, la una del monocorde badajazo, del tácito y fulminante latido. Algo empieza a temblar en la casa y en la calle con el estertor de la sangre herida, con el alarido súbito de algo que muere, quizá la fe, el sueño, la esperanza. O es cierto que empezamos a morirnos cuando se nos ocurra, gratuitamente nuestras vidas vencidas como sombreros dejados en el olvido de un escaparate, nuestras lámparas apagadas entre la opaca y mortecina luz. Hace mucho que llega así la medianoche. La presiento al final de la calle con la fauces horribles de su boca voraz que impulsaron ese caballo colimocho hasta aquí para que lo devoraran los gallinazos. Hace mucho que a esta hora precisa tengo que ponerme de pie como para sostenernos los dos, tú y yo, como para soliviar tu mundo y el mío que se han venido sobre mi cuerpo. Camino por el corredor con el ademán de alerta del gato. Y parece que necesitara ponerle el pecho, las manos, la vida entera a todas las cosas. La casa misma se halla a punto de desplomarse con ese algo que muere o que murió hace mucho. Pero a pesar de todo sigue siendo la una. Es como si el badajazo aún no acabara de sonar. Se ha vuelto lánguido, con la languidez y la blandura de mis sienes donde se agolpa y martilla como un silencio, como el silencio de estos lados donde nos vinimos a vivir, digo te viniste a vivir y yo después hice lo propio. Es el silencio del empedrado y los andenes donde repica el cloqueo de los cascos de aquel caballo colimocho que te trajo hasta el pueblo la tarde del abaleo. Es el silencio de las puertas que muchos han cerrado y otros han olvidado cerrar al marcharse. El de las puertas de esa casa, tu casa color verde viejo ya hermética y tachonada como labios apretados a piedra o a filo de silencio. Aquí todas las calles conducen hacia allá, hacia el silencio de la lejanía y la distancia, tu silencio, hacia ese silencio reclinado sobre la tierra húmeda, sobre las heladas losas sin pájaros que llamen a los muertos. Sobre todo esta calle, la de tu absorción y mutismo, la de tu vida cerrada hasta en los pies que solo la caminaban con el ritmo hueco y dormido de tu caballo colimocho, es la salida para los muertos vivos como nosotros, digo como tú pues yo después cometí tu delito, delito como el de ser diferente y no pensar igual a todos, los muertos vivos, así deben llamarse los que saben que tienen que irse hoy, mañana o algún día. También es la salida para los muertos, los que van de luto con una cruz en la frente o con los golpes del palustre que ya se anuncia en sus oídos. Pero se me ocurre que son iguales, iguales. Ambos tipos de víctimas van hacia el silencio definitivo del horizonte infamado por el olvido o la tierra fría. Esto

te ocurrió, te está ocurriendo a tí. Te fuiste lejos. Tanto que te perdiste en las sombras de donde habías venido. No debiste haberte marchado. No. O tal vez no debías quedarte porque no eras de aquí, eras extraño, no extraño no, yo también soy extraño, y todos en Cangrejo somos extraños y comemos lo mismo, plátanos y yucas, caminamos lo mismo, a saltitos como martillando las aceras, bostezamos y hablamos y vivimos lo mismo, con el miedo de tragarnos o de no tragarnos los días, y somos extraños. Solo tú y yo lo reconocimos y lo vivimos. Ese fue nuestro pecado. No. No. Fue el tuyo y tu perdición, es el mío y no quiero que sea mi muerte.

Vuelve a sonar la una, vuelvo a oírla larga e inacabable o parece la una, la una de mañana, de otro día y el mismo silencio, la misma distancia; la una, la una de toda la vida infinita y el mismo silencio y las mismas ventanas cerradas por las sombras, las sombras de siempre sumidas en la lejanía de tu soledad. Aquí también fuiste un solitario. Nadie supo cómo te llamabas, ni yo que recibí tu visita un domingo, el día anterior a la muerte de Elisa. No me diste el nombre, ni me interesó después. Estaba tan agradecido y obnubilado por ese perfil que todos en el pueblo detallaban y sabían de memoria: la asepsia y limpidez de tu albísima camisa, tus pantalones de paño con tirantes y tu sombrero negro que le daba solemnidad a tus ojos huraños. Para mí esto bastaba. Te daban dificultad las palabras como si para tí eso también fuera suficiente. Dijiste pocas, muy pocas cosas aquel domingo de tu única visita cuando te sentí de veras como un hermano yo que he sido tan solitario y callado porque además como tú tengo la niebla pegada de la lengua. Ahora me contento con pensar que mucho tiempo llevaste mi nombre, José Luis Giraldo, vagabundo de los ensimismados Giraldos y sastres del pueblo. A alguien se le ocurrió que tú eras yo que a veces tengo que ser aventurero y bebedor. A otro, que eras Horacio Ramírez, seminarista mil veces frustrado de los nostálgicos y gordiflones Ramírez que todo el pueblo conocía porque alguna vez se habían codeado con su jovialidad. Con este nombre te identificaste el día del matrimonio con Elisa, cuando el viejo pensó que se moría porque ella se casaba contigo, un hombre extraño y el mismo que había jurado matarlo diez años atrás. Se exilió en el rincón de su alcoba a llamar a su esposa muerta, a taparse la boca cuando iba a pronunciar el nombre de Elisa. No volvió a salir a la calle. Más bien subía y bajaba las escalas todo el día para espantar a los que le estaban haciendo males y cochinadas al candado de su vacía y polvorienta tienda o para velar que no le hicieran nada o para cerciorarse si el de ello era ese hombre que se había convertido en su yerno. Nadie me saca de la idea de que ese no es tu nombre... No sé por qué. Pero ese no es tu nombre. Ni tampoco Néstor González que dijo un tercero, oculto a una conjura y que pertenecía a los resentidos y gritones. González cuyas mujeres siempre vivían de luto porque cada año mataban uno. No. Tú no eres de esos. Ni el hombre que a cualquier momento se ahorca o amanece envenenado que piensa todo el mundo porque vive con el diablo, porque es lo mismo que muchos otros suicidas. No. En tí hay más. Y tal vez lo contrario de cuanto puedan pensar. Mutismo y silencio. Tú eres aquel hombre que una tarde en medio de un abaleo entró impávido galopando en su caballo colimochop, la misma bestia que en adelante siempre vieron atravesar las calles y la plaza sin que nadie se decidiera a llevarla al coso. Tú eres aquel que olvidó su nombre y que por eso permitió que su perfil se confundiera con muchas sombras y pesadillas. El viejo, contra su voluntad y temor tu suegro, te casaste con la única hija que le cuidaba, vió en tí al hombre que diez años atrás cuando el traslado de los restos del General Flórez al cementerio nuevo, juró matarlo. Juró matarlo porque colocó una bandera azul sobre la caja

mortuoria que prendió los ánimos e interrumpió el desfile funeral con muchos muertos fuera de los que cayeron después en los recorodos de los caminos que también con hondo silencio se van del pueblo. El padre Castaño, el mismo que se componía las gafas cuando me veía en la calle o sentado solo con mi perro en esa mesa y en esa silla donde no te sentabas sino tú, pensó aquella tarde del abaleo que eras el alcalde militar que hacía seis meses esperaba. Después fue él tu principal enemigo, quería echarte del pueblo por masón y por los comentarios de Soilita acerca de la sufrida vida y muerte de Elisa tu esposa. Decía que por eso había pensado tanto para casarlo, pero que era mejor casar hombres y mujeres por encima de cualquier obstáculo. Y no te quiso casar en segundas nupcias con Clementina la sirvienta de Soilita porque ese era un amor impúdico y libidinoso y que porque apenas llevaba dos meses de enterrada Elisa. Pero esta Soilita mantenía informado al cura de todo, de todo, dicen que hasta de unas cosas muy horribles que Clementina no cejaba en su empeño de ver por encima de las tapias del patio de tu contigua y enciaustrada casa. Era la misma Soilita de la pensión donde te refugiaste o digo mejor reposaste esa tarde del abaleo, el abaleo uno de esos estertores del pueblo, uno de esos repentinos respiros que los lunes de feria prendían las calles con carreras de vacas y caballos, con salto de taburetes y mesas, con golpes sobre pianolas y crujir de puertas. Soilita te recibió con el pensamiento de que eras el director de la escuela que hacía dos años habían prometido y apenas llegaba. Pero en definitiva resultó que te llamabas el extraño sastre para ella y para todos. Y más extraño todavía porque una mañana podía amanecer colgado de un travesaño o tendido por algún veneno en su cama, igual a la olvidada y escandalosa muerte de tu caballo colimocho. Para ella mejor lo primero sin parar mientes en lo segundo porque algo se debe arriesgar y así fue superior el aliciente para recomendarte a Elisa. Se lo comunicó e hizo el enlace uno de esos viernes en los que le leía a la ya casi desesperanzada solterona las cartas. Muy bien, una sota, una amiga que se va, un caballo, un extraño en puertas, ah; un extraño, la gloria, la redención, la forma de irse salvada algún día. Te casaste y fuiste a vivir a esa casa de oscuros bahareques de enseguida en la esquina, en la esquina dorsal de la calle que va hacia el camino y el cementerio, como quien dice hacia el silencio, ese silencio como cerrazón y noche de puñaladas, velorios y viajes. Allí le diste posada a Carecuca, ese loco sucio y mugriento que tiene en su rostro y en sus manos todo el óxido del pueblo o de las monedas que ha recogido en su vida, su vida no menos de cien años, en esos rojos peces de cuero, y es lampiño, juguetón y furioso como muchacho de doce. Carecuca no dejaba de contarle a todo el mundo tu historia, la historia simple de tu absorta imagen atareada con metro, paños, dedal, liencillo en el fondo de ese cuarto. Entonces imitaba tu mutismo con una cara de beata y de vieja mendicante. Y tú lo footeabas por eso y porque armaba mucho escándalo en la calle, porque se le robaba tasajos a los carniceros y desaparecía del pueblo por tiempos.

Ahora no queda en esa ventana que abrías a las cinco de la mañana y cerrabas a las cinco de la tarde, más que la evocación de tu taciturna figura mirando el horizonte o a ninguna parte como en aquel café y en aquella mesa donde solo te sentabas tú y a veces yo a tu lado para callar, para no decirte nada. Y Girpo mi perro te miraba como siguiendo una mosca en tu frente. Tus ojos huraños parecían espirales que nunca acababan de ascender, que nunca saltaban el ala de tu sombrero negro. Ya ha vuelto el viejo a la puerta de su vacía y polvorienta tienda. Allí está el día entero en su taburete de cuero recostado al ala derecha como antes y como antes ha empezado a pelearse con todo el mundo, a pegarle en la cabeza de todas las mujeres que pasan por el andén y como antes a dor-

mírse y a despertar a cada instante para velar por el silencio de la calle, el letargo del pueblo con sus casas y sus colinas cubiertas por la niebla o recibir la sombra de un antiguo cliente ya perdido en la noche de su memoria con una lista de cuentas que debían pagarse en una cosecha que nunca llegó. El padre Castaño se ha callado como si no cupiera en la decepción de lo que vino a ser su imaginado alcalde militar. No ha vuelto a decir nada de tí en los sermones de los domingos y como años atrás bravea con la gente en la iglesia porque dán mucho escándalo. También, como años atrás, se ha quedado paseándose con su diestra en el pecho por los corredores de la casa cural o ensimismado rezando el oficio divino o con los ojos muy abiertos y brillantes contando y separando monedas sobre su escritorio. Y Soilita se ha quedado en su pensión solitaria o en la casa del viejo a su cuidado, sin deseos de leer otra vez las cartas y sin poder aconsejar a ninguna mujer en su búsqueda de marido porque el padre Castaño se lo ha prohibido bajo amenaza de irreligión pues tiene la culpa de todo, incluso de que en Cangrejo se burle su autoridad yéndose a casar a otra parte como lo hiciste tú con Clementina. No obstante, el pueblo no es el mismo, no es el mismo, pese a que en él siempre parece la inmutable una de la mañana, la incansable y rutilante una de la mañana que se ha convertido en un río infinito de silencio, en duraciones que van más allá de nuestro instante, de mi instante, que van siglos más lejos de tu vida y la mía y la de este Cangrejo perdido en la oscuridad y la equivocación de su intrascendente nombre, anquilosado en su muerte de caballo entre unos pinos. No obstante, el pueblo no es el mismo, no es el mismo, pese a sus mismas blancas calles, su imperturbable cielo claro, sus fríos y penumbrosos cafés, pese a su misma gente tan similar en su modo de hablar y vivir, de caminar y sentir. No. El pueblo no es el mismo. Es esta una de la mañana aguda y larga como filoso e inservible hierro que no acaba de pasar y de herirnos. Está asediado por el recuerdo de sus múltiples abaleos, de penosos balazos. por ese mundo que se le viene encima, tu mundo, mi mundo y que no quiero que nos aplaste, que sus subterráneos e incógnitos estremecimientos dejen al menos quien cuente el cuento. Esta una, la una del monocorde badajazo, del tácito y fulminante latido, no acaba de pasar; lleva siglos y es la misma. Algo empieza a temblar en la casa y en la calle con estertor de la sangre profundamente herida... será que me estoy muriendo... Tú estás sumido en las sombras, en tus sombras. De allí habías venido. Tal vez te están empezando a devorar... Y tu voz es lo que se oye en el silencio de esta lánguida una de la mañana que casi me está obligando a saber quién eras tú, tú, el hombre que se negó a hacerle un vestido al cura y otro al alcalde y que al fin resultó hijo de Luis Ramírez, de los otros Ramírez, quien de veras había jurado matar al viejo y que se decía regresó en busca del entierro de su padre en una casa de bahareque como la que habitaba. Vuelve a sonar la una, la una del monocorde badajazo, del tácito y fulminante latido. Algo empieza a temblar como si me hubiera echado una soga al cuello o padeciera la agonía de una definitiva intoxicación. Y sigo rondando, rondando por el corredor como si girara y girara interminable por las calles del pueblo, las estremecidas y negras calles del pueblo. Siempre te veo al fondo como un gato tras una cortina de vidrio. Y es como si siempre te hubiera visto de lejos, de lejos a través de esta única ventana de mi casa, de lejos pero sin perderte de vista porque he hallado más gracia en la asepsia y limpidez de tu camisa, en tus ojos absortos y tu sombrero negro cuando atravieso mi vida, mis años, mis ojos con los hilos y extendiendo sobre las vigílias que nunca he dado por perdidas aquellos paños de tiza, liencillos y reglas. Como si siempre te hubiera pensado a través de los pinos del parque donde te esperaba para recorrer la niebla del pueblo y rehuir esos extra-

ños cafés con numerosas y ocultas vidas elementales que se parecen a todo el mundo y ser nosotros mismos. Vuelvo a sentir la soga al cuello o rebullones del veneno como atados, ligados a mí por esos torrentes de la una de la mañana cuando el pueblo respira por cuatro bocas, cuatro esquinas de la plaza que vomitan difteria y desgarrados caballos sin ojos y en sus patas el dolor de no poder seguir taladrando los andenes y empedrados con sus pasos monocordes, lánguidos y como despertando fulminantes relámpagos en remolinos que hacen que todo se enrede en Cangrejo, hasta las horas que no pasan de la una, de la infinita y monocorde una de la mañana. Todo es torrente en esta una de la mañana. La niebla turbulenta enraizada en estas noches y en el pueblo mismo, parece la inacabable una o el badajazo de esa campana que nunca deja de dar la una monocorde, lánguida y fulminante. Tal vez el reloj anduvo con el sol de otros tiempos y se quedó encerrado, atascado en estas noches, en estos silencios o nunca ha andado, siempre ha permanecido en el mismo punto. Y yo sigo también trastabillando por el corredor con intenciones de hundir el suelo, sigo cercándolo todo con mis pasos y es definitivamente que voy por el pueblo arrastrado por los torrentes de niebla arremolinados en su cielo como una peste a punto de venirse verticalmente. Vuelvo a pensar entonces en tu caballo colimocho muerto y devorado por los gallinazos aquí al frente de mi casa".

"... La noche de la una de la mañana es oscura y profunda. Tiene el latido de la sangre misma y el azezar del pecho contra las paredes. Por eso no oí lo que dijo Soila. Soila dijo una cosa. No sé. La venía repitiendo desde que apareció en el corredor como traída por esa estela oscura que más de una vez me ha parecido la sombra de él. Apenas levanté la cabeza para cerciorarme si era él, él, que por fin se decidía a venir. Pensé que ya iría para esa pieza. No sé qué dijo. No sé. Y lo repitió inclinada sobre la tarima donde duermo y como lo hace por las mañanas cuando viene a arreglar la cama. No le puse atención porque no era él, él, la imagen fatídica del hombre que juró perseguirme siempre. Ahora pienso que sí debí escucharla, escucharla. O fue que no le oí. Tal vez ya le han untado la caca al candado y a la puerta del almacén y quería que fuéramos a lavarla para que no se me llene la ventana de moscos, de esos moscos nocturnos que pican como si fueran las uñas de él porque tengo que mantener la tarima recostada a los batientes y el postigo entreabierto. Me preocupa que entre al descuido y ya no tenga tiempo de nada y quede aquí tirado y tullido como después de cumplir la decisiva misión en la batalla del Alto Caunce, no del viejo Caunce como dice la gente porque se trata del Caunce de siempre, aunque después de tal fecha hayan seguido estas noches tan oscuras con los pasos de él cercando mi casa, haciendo porquerías en el candado del almacén y yéndose después calle abajo hacia donde el tiempo se gasta y carcome como si fuera a reventarse al repique de la una o de la otra campanada que cada vez me quedo esperando, esperando como el pensamiento de que algún día suba las escalas y se lleve todo y acabe conmigo. Precisamente, eso me dice la estela oscura que divide el corredor en lo de aquí, la alcoba y el cuarto ese de las telas y los paños adonde quiere llegar y que por eso tengo que agregarle cada semana una tranca de hierro. En lo de allá, la negrura del tácito viento y los socarrones alaridos que doblan todas las esquinas y vuelven a martillar en mi puerta y me siento desde la tarima metido entre el vacío acanalado del postigo entreabierto dejando ver a disgusto mis orejas de esa sombra infinita que él proyecta más allá de la calle. Prolongación de esta calle es la estela oscura que parte el corredor. Por allí puede meterse y deslizarse. Es como una flecha hacia donde debe dirigirse para cumplir sus propósitos y vaciar su furia de aquella mañana del traslado de los restos del General cuando

me dijo: "esto lo vas a pagar caro, viejo!" Y todo por haberle puesto la merecida bandera azul a la cajita de los restos del General. Sí. La merecida. El General nos dio el triunfo en la batalla del Alto Cauce... Aquel es uno de los que prendieron el pueblo en aquella oportunidad para machacar hasta la memoria del jefe. Es un liberal de los malos, de los tantos malos que había en Cangrejo y que impidieron el funeral con muchos muertos e hicieron que los restos se llevaran en un costal al cementerio. Un liberal de esos que fueron muriéndose poco a poco en los canalones de los caminos. Los mismos, los mismos que cuando Olaya nos la habían hecho a todos. Nos quebraron. Saquearon los almacenes y las casas para llevarse las esterlinas y morrocotas y aun las telas y paños ingleses por orden del gobierno. Yo pude salvar lo que tengo en ese cuarto y el paño que conservo abajo en el almacén. Por esto, esa estela oscura tiene el tic tac tic tac del instante que se golpea para acabarlo de socavar, el tic tac tic tac con burbujas de sangre y hondas crepitaciones que dejan el momento amargo y los presentimientos. Antes, me sentía más tranquilo. Las noches eran más serenas. A la una de la mañana estaba en la ventana con el postigo abierto de par en par. Detectaba en lo más remoto de la calle cualquier paso. Incluso después de la llegada de él, pasaba las horas enteras al pie de la ventana abierta. Pero al Concejo Municipal se le ocurrió llevarse el retrato del General y el mío para el salón de sesiones; lo mismo la espada del General y mi escopeta. Aquella me había sido obsequiada por él en su momento de agonía. Aún se acordaba de aquella definitiva misión a través de un monte de diez leguas. A consecuencia de lo cual quedé tullido cinco años. Mas según el jefe, el hecho fue clave para el triunfo de la batalla del Alto Cauce. Sí. Antes consideraba fríamente que lo mataría o me mataría. Sin embargo, a Pepa se le ocurrió atender la solicitud del concejo a espaldas de mí. Cuando lo supe, la casa estaba vacía y yo había empezado a ser el lento aletazo que soy ahora. No la contrarié, no le dije nada porque entonces ya sufría los resultados del primer derrame cerebral. Mejor guardé silencio aunque por dentro estallara y tuviera que dormir en la tarima para cuñar la ventana. Experimentaba la sensación de una piedra desintegrándose. Y la veía venir a ella a consolarme, así, con los mismos pasos de Soila al tomar el rumbo de la flecha sombría ahora y los otros días que ha venido. Tanto que en muchas ocasiones he creído que es Pepa que regresa a escuchar mi llamado desde la eternidad. Y no. Le he pedido a gritos que venga. Y no llega. No llega. A veces tengo la idea de que no ha muerto y se encuentra en la cocina haciéndome el chocolate y que sí le voy a dar el paño que tengo en el almacén para que se haga un vestido para semana santa y que bastante me lo ha pedido. Desde entonces y más después de su muerte, fue como si eso de allá, la negrura del tático viento y los socarrones alaridos que doblan todas las esquinas y vuelven a martillar en mi puerta, absorbiera mis energías, se tragara mi vida entera y tuviera que permanecer eternamente en el vacío acanalado del postigo entreabierto dejando ver a disgusto y temor mis orejas de esa sombra infinita que él proyecta más allá de la calle. Necesitaba tener ante mis ojos el perfil del hombre que me abrazó aquel día para felicitarme por la misión cumplida y que me hizo sentirme héroe. Necesitaba la figura del hombre que Pepa quiso para conservar una migaja de esperanza de que ella volvería y ahí sí le daría la máquina, la primera máquina de coser que yo traje al pueblo y por la que casi se muere; pero en esos días fue la quiebra por la ley Olaya contra la esterlina y no pude traer más mercancía y tuve que ponerme a recoger la cartera para poder vivir. Necesitaba ver aquí detrás de la puerta la espada y la escopeta. Su ausencia era mi muerte, la noche oscura que me penetra con urticante y gélido metal. Ya se había cortado el corredor con lo de aquí, o sea mi vacío y lo de

allá, él y su sombra inmensa que penetra las rendijas de las puertas. La estela oscura apareció cuando de un momento a otro mi mirada se encontró con su imagen y vine a sentarme en este rincón con la seguridad de que había llegado mi hora; cuando llegaba hasta el portón a esperar a... E... y yo bajaba las escalas con el zurriago o la varilla y él corría y se detenía en la esquina a darme la espalda, a mirar el reloj de la iglesia dañado y detenido siempre en la una, la una de la tarde o de la mañana y sus perfiles crecían con una sombra que me asediaba y me hacía retirar de la ventana, y en fin apareció cuando empezaron a ponerle estiércol al candado de la tienda y a la puerta. Es el fatídico eje de algo que parece desembocar en mí para sindicarme y atarme a este rincón, a esta tarima, a esta ventana medioabierta con su vacío acanalado y profundo. La estela sombría es una corriente oscura que nunca acaba de llegar hasta mí y de traspasar mi vida. Es lo de allá que no termina de inundar lo de acá. Por ello temo asomarme aunque sea a la ventana porque quizá me quede clavado ahí para siempre. Y eso por mirar la torre de la iglesia con la inmutable una de la mañana, con aquella luciérnaga del reloj que parece que algo empezara a encenderse. La torre, entre acurrucada y empinada como un buho que me espía a través de esa bombilla y del reloj que la proyecta calle arriba y parte el corredor de mi casa. Esa torre que nunca me ha dejado olvidar de él.

Qué fue lo que dijo Soila. No le oí. Solo entendí que se iba. Eso mismo ocurrió cuando el matrimonio de E... que vino a pedirme el paño para el traje de boda. La mandaron. No le respondí. No tenía qué responderle. Callé hasta que me dijo que después volvería y se marchó. También era la una, la una de la mañana o yo esperaba el otro badajazo que no llegaba y nunca ha llegado como Pepa, Pepa! que no me he cansado de llamar y que no tenía por qué abandonarme. A ella la asustaban mis recuerdos de él y no dejaba de santiguarse cuando se los repetía. Sin Pepa esta una de la mañana es oscura y profunda. Tiene el latido de la sangre misma y del acezar del pecho contra las paredes. Soila se ha ido. Se ha ido por el camino contrario a la estela umbrosa como rehuyendo mi destino. Tengo que asomarme a ver si se ha llevado el paño. Por qué se lo habría de llevar... Se lo he prometido a ella mejor, a ella que me ha cuidado desde que empecé a llamar infructuosamente a Pepa. Mas no se lo voy a dar. No. De nuevo me deja solo como aquel día y tengo que desnudarme para poder tomar los alimentos porque la taza se me derrama y la cuchara se vacía con el temblor de las manos y me apena que ella me encuentre mojado de frijoles y chocolate. No vale ni ponerme la toalla en el pecho; si tomo la taza o la cuchara con las dos manos es peor y creo que es el espíritu de él que me persigue más cuando estoy solo. Así mismo, me apena desnudarme. Me siento tullido como en aquellos cinco años después de la guerra de los mil días y ya no con la satisfacción del heroísmo porque al fondo de esta ventana en la esquina debe estar él con ella sin dejar de mirar. Así los ví al mediodía y me entró de un tirón. Los ví como aquel día del matrimonio cuando Soila también se fue a la una de la mañana y volvió al día siguiente por la tarde. Le pregunté que si se habían casado y no quise que me hablara más de eso. Hoy me imaginé que era aquel día, que aún se estaban casando o que como antes E... le informaba la manera de tumbar las mil varillas y cerrojos que trancan la puerta. Sabía la forma de hacerlo y no se cansaba de pedirme el paño del almacén y la piel que guardo ahí con las otras cosas que todo el mundo quería comprarme pero al fiado para robárselos. Pues sí. Que Soila no se vuelva a medir el paño. Para qué me deja solo, asediado por estos cuartos vacíos sin en qué apoyarme para sentir valor. Mejor me mando a hacer un vestido para mí. No. Pero a mí tampoco me gusta ese José Luis Giraldo. Di-

cen que es el amigo de él, el único amigo y al igual querrá matarme. Hasta Soila estará contra mí. Por qué se va precisamente a la una, a la una cuando espero el badajazo que no llega y seguro para donde ellos, donde ellos, cuando los he visto al fondo de esta ventana en la esquina tramando algo en contra mía o empujando el tiempo o el reloj para que lance el otro badajazo. Muchos días como estos lo he esperado; a ella no porque sabe que no puede venir, le mandé que no volviera. Lo he esperado. Y me he imaginado verlo entrar y ahogarme en su sombra, la sombra de esa estela que cada instante se pone más oscura. Voy a pararme para coger la varilla o el zurriago, y no puedo, no puedo, me duelen los pies y todo el cuerpo, me estoy tullendo de nuevo y no está Pepa, Pepa! con sus ungüentos para curarme. Me pongo a llorar para que venga y vea que me han dejado solo, muy solo, como un aletazo incapaz en la híbrida oscuridad de esta noche. Nadie viene. Nadie. Y no hay velas. Qué dijo Soila. Que le dejara llevar siquiera los cirios del velorio de Misiá Pepa. Sería eso. No, fueron muchas sus palabras. No le dije nada. Sigo llorando, llorando para que vengan a verme y al menos me den leche en frasco y chupón porque tengo hambre. Pero nadie viene, nadie. La estela sombría se ha acrecentado sobre mí o me voy a precipitar al abismo del corredor partido y tajado. Me voy a defecar y bajo a untarle la caca al almacén para que Soila la limpie mañana. Suena la una, la una. Pero no sé si será la una o la otra, la una de la mañana de toda la vida y de los oscuros años que vienen, o la otra una de la mañana del otro badajazo que he esperado siempre y que me está haciendo defecar”.

“Nunca quiero que pase la mañana sin que este reloj dé una hora, sin que el día se mueva ante mis ojos. Es como si me pesara toda esa torre y el lastre de hierro, cemento y piedra que no alcanzan a sostener esos gruesos alambres. Son muchos los pensamientos y las imágenes de la noche que aún me asaltan. Vuelve a mi cabeza la expresión de mi madre, hijo, viene la borrasca. Y sobre todo ese olor a podrido que despiden los rincones. Parece que fuera todavía de noche, de noche con una oscuridad densa a la cual le ha salido punta como al copo de un cerro. Se sienten incógnitos alaridos y crece ese olor... ese olor a podrido de los rincones que ya inunda el patio. Tal vez los cancelos se van sumiendo en la tierra húmeda. Tal vez la tierra húmeda va subiendo para absorberlo todo. Y lógicamente, un dolor agudo me martilla desde la nariz hasta el cerebro. Quizá ha vuelto a sonar ese monocorde golpe, ese golpe seco y estólido que taladra mi frente desde que él llegó al descanso de las escalas y me dijo: ‘la voy a enterrar’. Se trata de un golpe que no agota su incógnita vesanía, la del otro paso recio que él no quiso dar sobre el peldaño siguiente y cuyo eco no sé por qué va saltando por los lamosos corredores y los lamosos rincones. Pienso de nuevo en el reloj, en el reloj detenido en esta mañana gris. Anoche nada menos, aquel oxidado golpe no se vencia sobre oxidadas superficies de latón como las tinieblas del cuarto entre ese olor, como esa vertical y dura cortina que veo cuando cierro los ojos y se me parece a este mismo cielo de Cangrejo, a todas las paredes del pueblo que hieden a moho. Por eso, considero que la casa cural que se necesita debe construirse de adobe y cemento. Así, no la carcome la lobreguez de las otras casas, la lobreguez de humedad, de hiedra y de lama con multitud de sombras que lo penetran todo. Sombras, sombras... como la de aquel día cuando tuve la certeza de que nunca había visto un hombre que tuviese como él los ojos vueltos hacia dentro. Estaba ahí detenido en el descanso de las escalas mientras la casa acrecentaba su podredumbre en los rincones y debí mandar que le echaran dos o tres gotas de alabastro sagrado al corredor, a mi pieza y a mi pañuelo para espantar ese aire nauseabundo. Desde entonces, el reloj se dañó de nuevo y no da sino la

una, la una de la mañana o de la tarde con su monocorde golpe como alarido que apenas despunta. Bueno, no sé si fue desde entonces, pero creo que sí porque ese masón lo está pudriendo y dañando todo. No recuerdo bien. Mas esa mañana no oí horas. Absolutamente. Luego, escuchó ese latido largo y profundo de tiempo que se queda y esconde. Y fue después del entierro que dió el reloj la una y era como la una de la mañana y ya creía yo estar revolviéndome entre las cobijas para poder dormir y encerrado entre verticales y oxidadas cortinas recibía el taladrante golpe de la una. Pensaba en dos bestias ensilladas en el patio listas para partir, la una con mi madre que no dejaba de repetirme: hijo viene la borrasca, y la otra conmigo. Esto es lo que quiero que ocurra en aquellas mañanas cuando los traganíqueles muelen estridentes músicas que no me permiten concretarme en la misa y tengo que acordarme de él. Me sacudía la alucinación. Comprendí que todo había transcurrido muy rápidamente, que yo había decidido el entierro de inmediato y él casi nos arrebató el cadáver para llevárselo sin ceremonia al cementerio. Según él, las honras fúnebres se estaban demorando. Era la segunda vez que traspasaba el umbral de la iglesia. La primera fue el día de su matrimonio con Elisa, Elisa de cuya muerte fue culpable. Esas son las cosas que hace Soila, esa alma de mi Dios. Ella vino a hablar para que los casara hace más de cinco años y que no quiso venir a hablar del entierro porque estaba llorando, llorando con la certidumbre de que Elisa no había muerto del corazón como decía la gente. Y además, porque estaba pidiendo permiso a Dios para poder odiar un hombre, un hombre despreciable como ese. Mejor que hubiera venido ella. No tendría yo esas pesadillas día y noche. Subo y bajo las escalas rápido, rápido casi empujando su recuerdo con los pies. Subo y bajo las escalas rápido, rápido como seguido por él, por él que me mira detrás de una cortina de vidrio con sus ojos hacia dentro. Por eso, prefiero para bajar las escalas de la cocina. No quiero encontrármelo de frente. A veces se me olvida y siento que se doblan mis rodillas y se agujerea mi piel. De subida rehuyo más fácilmente la presencia del recuerdo. Sin embargo, es como si me alcanzaran las llamas del infierno. Mejor que hubiera venido ella, ella que diariamente trae un cuento distinto de él, de Clementina y de esos vecinos que viven mal. Desde entonces, el reloj no da más que la una, la una, la una de la mañana que es ahora. Y no hay quien lleve el reloj a arreglar. No hay. Severito, el que me cargó en la silla desde Nariño, y trajo a cuestras de mucho más lejos las campanas y el reloj, ya murió... No hay quien. Severito dejó muchos hijos, entre ellos Carecuca, enclenque que no sirve sino para cargarle las pruebas a ese masón y bañarle el perro a ese otro diablo de José Luis Giraldo, y Clementina la sirvienta de Soila que ahora quiere casarse con ese hombre después del escándalo que han dado. Y venir ella misma a pedirme que la case... atreverse... Le dije un no rotundo y categórico. No. Que no tolero amores impuros, pasiones libidinosas; que el matrimonio no es para los que se dejan comer de la lujuria. Y no respetar el recuerdo de una mujer tan digna como Elisa que primero se sacrificó al lado de su anciano padre y luego se echó a morir en esa casa de donde no salió nunca más. Aquella vez lo casé porque se trataba de ella. Y también porque de veras no sabía quién era él. Pero aún tengo el remordimiento. Y el rencor de don Vicente. Cuando paso por su casa y debo sacudirme los hombros de la sotana, lo veo en la ventana dándome la espalda o con la cabeza mirando para otra parte. Todo por casar su hija, por mandársela a ese infierno donde aquel hombre la mantuvo encerrada y dicen que hasta amarrada entre las cuatro paredes de bahareque. No sé... Mas a veces pienso que las mujeres hay que casarlas lo mismo que los hombres en determinado momento. Casarlos a todos siquiera una vez. Es mejor. Mejor. Y sobre todo los

casé porque se trataba de ella, la hija de don Vicente el héroe, una muchacha buena. Y de él, que decían eran el alcalde militar para acabar con esas trifulcas que arman los liberales. Además, Elisa se mantenía muy triste y aquel hombre ha sido desde que lo ví por primera vez, cazurro y ensimismado. Al casarlos pensé en el beneficio de ambos. De ella no supe más de que vivía cada ocho o quince días cuando me mandaba la limosna para San Vicente. El acentuó su introversión hasta el punto de tener los ojos vueltos hacia dentro como lo ví en el descanso de las escalas. Soila dice que no le oía una voz en la casa. Y que algunos días sentía golpes y pasos contra el suelo como si estuviera pisando el cricifijo. Lo más seguro... Este hombre se parece a otro de por allá de la Quiebra que azotaba a Cristo en la cruz hasta hacerle manar sangre y él mismo quedaba sudoroso y desmayado. Era muy parecido. De mediana estatura, acuerpado y no hablaba con nadie como si constantemente se estuviera tragando las palabras. Vendió su crucifijo por una jarra de esterlinas. Y el día que los liberales se las quitaron con la ley Olaya murió de pena moral. Casi igual. Igual. Masón. No lo he visto en la iglesia más que el lunes ese de su matrimonio y este lunes del entierro de Elisa. Y ahora resulta que quiere casarse. Así son los masones. No piden misericordia sino para casarse o para morir después de todas sus fechorías, irrespetos, vulgaridades y escándalos. Desde recién casado pasaba los domingos en su cuarto en pelota, digo en in púribus, recostado muellemente en una silla. A la muerte de Elisa no se le vió más en la calle. Hace algunos días apenas abrió de las cinco de la mañana a las cinco de la tarde como de costumbre las ventanas de ese cuarto de mesas, bancos y retazos. Se quedaba estirado a lo largo del corredor también in púribus y esa sinvergüenza de Clementina no dejaba de mirarlo desde la baranda de la casa de Soila. Esta le tenía que pegar y hacer llorar para que fuera a hacer el oficio. Soila también le alegaba a él para que respetara y él seguía inmutable mirando el cielo bajo de su casa. Así transcurrió hasta que tuvo que echarla a la calle. Después se enteró de que Clementina estaba ahí en esa casa viviendo con él y se pensaban casar lo más pronto posible. Qué infamia! Hace solo tres meses que murió Elisa, un alma de mi Dios. Lo que soy yo no los caso. No. Por nada del mundo. Impuros. Lo que van a tener que hacer es largarse. Cuánto mal puede hacer un masón de esos. Y no había otra... que la hija de Severito. Sí. Que se larguen. Que no nos siga corrompiendo ese demonio. Desde que llegó han venido mil veces los protestantes y han mermado las devociones. En el infierno la pagará. No sé por qué me parece que su influencia es tan nefasta que todo el pueblo se está volviendo como él. Yo ya no quiero discutir ni hablar con nadie porque las energías las he gastado rebajándome al nivel de esos protestantes que apenas escriben y deletrean. Y me quedo pensativo con la mano en el pecho paseándome por el corredor en estas mañanas a la espera de que el reloj dé una hora siquiera. Don Vicente permanece días y noches en ese postigo cubierto solo por una franela y unos calzoncillos como si fuera el ánima de un viejo atleta pecador. Ese José Luis Giraldo, que dice que aquí todos son pendejos, no habla con nadie y se emborracha en la mesa del fondo de café donde a veces se sentaba con él a dejar que pasara la tarde, la tarde en la que no quieren hacer nada y que José Luis no desea ir al barrio. Siempre que lo veo me dan ganas de escupir. Y pienso que aquí todos nos estamos contagiando de la misantropía de aquel hombre. Mentés expectantes. Esperamos como mi madre la borrasca, la borrasca. O todos pensarán igual que yo que este reloj debe dar al menos una hora para que la mañana no transcurra en blanco, para que el tiempo no siga su curso a nuestras espaldas. Quizá todos en su imaginación como yo, habrán deseado enredar ese reloj a ver si anda, a ver si salta de su monocorde badajazo y

deja de taladrarnos la frente, habrán deseado igual que yo otro Severito que levante los lastres de hierro, piedra y cemento para que al tiempo le pese algo y siga su verdadero curso, otro Severito que lleve lejos ese reloj o traiga a cuestras quien lo ponga a marchar. Pero no. Aquí no va a pasar nada. Que vergüenza permitir yo que pase algo. Ese masón se irá y ni siquiera se llevará a Clementina. Se irá. Pues su amargura es por no haber logrado generación con Elisa. ¿Cuándo los masones han tenido generación? Y estoy seguro de que aquí no la tendrá. Ni mucho menos con Clementina. Ella se queda aquí. Veremos. No hará con ella lo que hacía con Carecuca que lo festeaba noches interminables hasta que se interponía Elisa con la cual muchas veces concluía sus furias en contra del loco. A él le ha fastidiado demasiado el espíritu travieso del loco. Sus gritos y algarabías en mitad del parque parece que restallaran en sus oídos. Son sus alaridos al pedir una moneda o un billete nuevo para echarle a su rojo pescadito de cuero que le llena de regocijo, le hace correr como arremolinando la cola y que luego habrá de enterrar. Son muchos los pescaditos de cuero que Cuca ha enterrado y la gente no escucha que esa no es limosna, que él trabaja con ese sastré, tiene la comida y le deben pagar. Y además, no es dinero que se emplee. Quizá a la gente también le fastidian sus algazaras o quieren verlo regocijarse en esos días cuando reniega contra su padrino porque lo azota y le deja la espalda cuarteada, porque le cierra el portón a las cinco con el pretexto de los ladrones y tiene que dormir en la calle o en el parque. De veras Carecuca tiene días en los cuales pelea hasta con su sombra. Meado y sucio de mugre y carbón corre por las calles amenazándole a todo el mundo, persiguiendo a los muchachos que le gritan que ahí viene Salvador. Este fue el que condenó a Severito a morir tullido en ese helado subterráneo donde debí asistirlo en su agonía. Hermanos, compartían la misma casa. Y Salvador lo echó a la calle porque era el que le estaba robando las gallinas. Del mismo delito acusa a Cuca. Dicen que en alguna ocasión lo amarró en una esquina contra un poste de la luz y le dió sus treinta y tres y más azotes. Otra cosa que hace rabiar a Cuca, es que le griten carnecruda. Pelizca los tasajos de las carnicerías y dicen que tiene solitaria porque se traga así enteros y sangrantes los pedazos. A causa de esto, desaparece por tiempos de huida de un carnicero que le ha mostrado un cuchillo. Sí. A la gente le gusta cuando Cuca se encuentra de gracia. Con una cara de beata casi en rictus de llanto, remeda el rostro mustio de aquel hombre que llama el padrino. Arguye que ese es su padrino en la ventana o en la mesa del fondo de ese café. Con la promesa de una moneda también le comprometen a que haga cómo reza, come y canta Salvador. En fin no sé cómo hacer para que no le den limosna a ese loco. Tendré que irme con un zurriago detrás de él a impedirlo de hecho. Así he tenido que hacerlo con las mujeres que van a la iglesia con escotes y manga sisa. A Clementina la saqué un domingo de la iglesia por esta razón y en la puerta le dí un buen guarapazo. Ella ha sido fregada. Fregada. Qué más que su empeño en no dejar de mirar a ese masón en pelota en el corredor. Y ahora, le cerró la puerta a Cuca. Ya no lo deja entrar a la casa a nada. El pide, duerme por ahí y no se cansa de contar que su hermana lo echó de la casa de su padrino y no tiene dónde pasar la noche, ni con qué tomarse una lechita. Diabla. Algo se le iba a pegar del masón. Y así, pretender remplazar una mujer como Elisa, caritativa y buena. Ni riesgos. Con eso no alcanzaría nunca el perdón del viejo que es como el pueblo mismo por su heroicidad y gloria. Sería obrar en su contra. Primero dejarlo en esa soledad y después mancillar su dignidad. Me pesa haberlo hecho. Qué vida más amarga la del viejo que no se cansa en las tardes de colgarse del candado de su tienda para cerciorarse de que esté seguro, seguro y queda con las

manos untadas de estiércol porque alguien le está haciendo el mal. Hay que hacerlo respetar. Yo le salvé la vida hace más de diez años cuando el traslado de los restos del General Flórez al cementerio nuevo. Por ser el héroe, le tocaba abanderar los restos del general. Después de colocar la bandera, un hombre se vino sobre él. Yo no supe quien fue. Solo oí: "esta la vas a pagar, viejo!" Lo envolví en la capa pluvial y se destapó el abaleo. A él no le ocurrió nada, pese a que hubo veinte muertos. No le podía pasar. Hubieran tenido que matarme a mí también. Y aquí todos saben que el que come carne de cura muere reventado o se le carbonizan las manos como le pasó al asesino del párroco de Armero. Me pesa haberle ocasionado esta amarga soledad a don Vicente, dejarlo encerrado en su casa o sentado en el corredor para contener la sombra de él que habrá de llegar a acabar con su vida. Jura que el masón es el mismo liberal que iba a matarlo hace más de diez años. Pero... dicen que es un hijo de ese. Que ha venido a deshacer los pasos de su padre a quien echaron del pueblo en medio de un abaleo sin darle tiempo de llevarse nada. Ha venido a dañarlo todo, a complicarlo todo y a reventar el grueso alambre que sostenía el lastre de hierro, piedra y cemento que solo podía cargar Severito. Nunca quiero que pase la mañana sin saber qué hora es, el tiempo preciso y concreto. Es el deseo de que todo se desvele, que este intríngulis fluya, que estas obsesiones cobren forma para saber cómo las atacamos, que no suceda nada a nuestras espaldas. Nunca quiero que pase la mañana sin la certidumbre de que esa una, una de la tarde como la una de la mañana, no se oirá sola, larga y monótona como el filoso tiempo de toda la vida. Conservo la ansiosa esperanza de que se oigan muchas campanas como plegarias para que él se vaya lejos, lejos. Pero experimento un agudo dolor, el dolor y el marco en las rodillas y en el pecho que me dan la impresión de que me estoy desmayando porque ese hombre sigue ahí plantado en el descanso de las escalas y me asecha con su mustio rostro y sus ojos vueltos hacia dentro. Es el ardor del lastre sobre mis hombros, ese lastre que no ha podido contener el grueso alambre y yo siento a veces la necesidad de sostenerlo y me da pánico confesarme incapaz. Oigo la voz de mi madre, hijo, viene la borrasca, la borrasca. No sabía qué era la borrasca. No sabía. Creía que eran delirios de ella producidos por la fiebre de su postración. Ahora imagino al pueblo inundado por aguas sucias que anegan las calles. Siento el insoportable olor, el terrible olor de la podredumbre de un cadáver no descubierto hace mucho. Tengo los anteojos en la punta de la nariz. Me los ajusto a las cejas y vuelven y se bajan. Es como si tuviera al frente a ese José Luis Giraldo que me mira de reojo y me las hace arreglar y desarreglar a cada instante. Pienso que sería bueno que se hiciera realidad la idea de los dos caballos en la puerta. No sé qué siento. Parece la inextinguible música que me interrumpe la misa diaria. Música molida por esos pianos que hoy están tocando más recio y canciones distintas con alaridos distintos como estrenando voz y melancolía de borracho. Es igual a la interminable una golpeando en mi frente entre oxidadas cortinas como el cielo mismo del pueblo".

"algo se ha oído lento y monótono a lo lejos como si saliera de las entrañas mismas de la noche o de estas noches que son todos los días. No comprendo qué haya sido. Nunca me he percatado de tantas cosas sino mucho después. Era como un tic tac que se ahogaba en la oscuridad, como el estertor de otra cosa que nunca parece dejar de morir, como el restallido de la derrota lenta y monótona de otro algo que cae y nunca deja de caer. He creído estar de nuevo ante el lecho de agonía del viejo sin dejar de acordarme de Elisa y que aquel es su último bostezo, que volvía a sentirme asechada por pasos incógnitos que habían vuelto a avanzar sobre mí igual a la mirada de ese hombre que siempre presentí

caminar tan cerca de las puertas y muchas veces sobre mis espaldas. De esto sí me percaté incluso antes que él lo hiciera, mucho antes. Sin embargo, fue muy tarde. Entonces yo ya lo había casado con Elisa. Son cosas que se intuyen y que debieran intuirse muchísimo antes. Así aconteció con la muerte de Elisa, con los abaleos de esta esquina y sobre todo con aquel definitivo abaleo que traspasó muchas puertas de esa casa e hizo que él se marchara a la semana siguiente con Clementina y en esos caballos pintados que le compró a los gitanos. Ese algo sigue retumbando en mis oídos con el alarido que apenas se deja escuchar en la distancia. O ni será tan lejos porque semeja el golpe de la escala de la casa de él que se hundía con un estallido seco al más leve peso o el chirrido del único peldaño del portón de mi casa que quedó así desde aquella tarde cuando él llegó y casi lo alcanza una bala y tuvo que guarecerse con caballo y todo en el zagúan y el corredor se hundió. Después, le clavó las dos espuelas en la cara al pobre animal que encabritado dio la vuelta y se lanzó a la calle. Solo me dijo, no se preocupe señorita y al día siguiente (y al día siguiente) lo arreglaron todo pero quedó oyéndose ese chirrido y nunca me he acostumbrado a oírlo. Es como si alguien me aguijoneara para no dejarme olvidar de nada, de nada, ni de aquel estruendo que fue como el fin del mundo e hizo que la calle se llenara de gente. Es como si nunca fuera a desprenderme del presentimiento de los pasos de él, de la acechanza de sus ojos taciturnos, lo mismo que del tic tac del derrengado caminar del viejo que a veces me expiaba por la rendija para verme en interiores y yo pensaba que todavía era tiempo, que se iba a casar conmigo o que tenía razón Elisa cuando me insistió que trancara la puerta y que a veces quisiera dejársela abierta a ver qué pasa. Nunca acabo de pensar que su sombra de sábanas blancas me sigue y pretende echarme mano por el talón porque me negué a verlo muerto y en el ataúd sin el hábito de San Francisco que siempre me pidió que le encargara y el día que tenía que comprarlo no lo hubo. Me toma el miedo, lo siento latir como si no dejara de sonar ese algo lento y monótono, es el miedo de siempre, el miedo que me dice que todavía es domingo por la tarde cuando él murió, uno de esos domingos por la tarde sin retreta en los que me llamaba y yo no acudía o acudía muy tarde y creía que me tocaría limpiar otra vez esa porquería del candado, el miedo me dice que todavía es la estática y vacía medianoché en la que todo se estremece y en la que siempre encontraba un motivo para llamarme como que le viera qué era lo que tenía en la punta de la nariz. Este pánico ha sido la vida de siempre con un aire muerto que se queda o se alarga más allá de las calles, de la niebla y del tiempo. Todo se estremece como empujado por los ojos de él y esos persistentes golpes en el cuarto como si estuviera pisoteando o destrozando el crucifijo. Entonces, también experimentaba este miedo, este miedo que se va desgranando lento y palpitante igual que persistente gota de agua que cae y no deja de caer sobre el mismo hueco de una piedra. Algo se riega, se desparrama sobre la tierra del patio y el empedrado de la calle. Algo se agota y esquíma en estos arados y en estas montañas. Algo se va desangrando no sé de donde, tal vez de mi vida en el silencio de este cuarto, en este silencio palpitante de color de larvas que se me atraganta. Misiá Ester, misiá Estercita, tan querida. Usted me va a perdonar, su sobrina enamorada de ese chofer, ese chofer que quería una novia que aceptara su única posibilidad, conversar de noche, pasada la noche y como que conversaba en forma bastante interesante porque le sembró una hija como para que no lo olvidara y recordara su amena forma de conversar, pues quería seguir viajando en adelante día y noche, usted me perdona misiá Ester, fue culpa de un caballo y una sota que nunca antes habían fallado, nunca y fallaron con su pobre sobrina, lo que

yo creo fue que ella no se ayudó, pero no tiene mala estrella, no, ahí se casó, siquiera, con ese cabo tan simpático que no le da mala vida según dicen. Me perdona misiá Ester, me perdona, son cosas de la vida, a otra le hubiera podido pasar. Usted debe perdonarme porque el padre Castaño dice que no debía darme la absolución y me lo repite todos los santos días, cuando me confieso. No. No se moleste, misiá Ester, misiá Estercita, tan querida, no, el chocolate me arde la vida desde el gaznate hasta los tobillos, algo malo le tuvieron que haber hecho a uno, algo malo, no se moleste una aguadepanelita nada más, pues me asfixio con estas faldas, Cristobalito debería comprarse una casa más abajo o comprarme la mía, se la vendo, fue que ya le cogí fastidio, horror, su aire de eternidades sabe a larvas que el frío ha contenido, no le digo, algo malo tenían que hacerle a uno, ese masón y la continua asechanza del croc croc de las tijeras, no, no, eran golpes de guardaluces o del crucifijo, los masones matan a Cristo todos los días, sí, sí, una aguadepanelita nada más para calmar la fatiga de estas faldas, mi casa no tiene este pero, no le digo y me perdona, usted tan querida que me va a perdonar todo, todo... Qué... Qué...? Silencio pululante de larvas incubadas en el rescoldo de los días... Le estaba diciendo a Clementina que dejara de mirar por esa tapia porque a ella también le salió un caballo y una sota, un caballo y una sota, una noche y un pecado, bendito sea Dios. Le estaba diciendo a ese hombre inmundo que le voy a hacer un mal para que deje de estar en pelota en pleno corredor, en pleno corredor para que nosotros lo veamos, cacorro, se lo voy a cortar o le hago el mal para que se le pudra y acabe con su grosería y respete que somos gente digna, digna. Y esta boba no se quita de ahí, no se quita de ahí, no, voy a tenerle que pegar como la semana pasada cuando la hice chillar y empezó a delirar como misiá Ester, con el chocolate de misiá Ester, con la aguadepanela que ella le daba mientras le aconsejaba que se fuera para otra parte, que yo era pitonisa, una pitonisa de mala suerte, que viera el hotel que se le estaba acabando después del cuento de los tres días de oscuridad, que hasta el aviso había tenido que quitarlo. No lo quité. Ese hombre me lo tumbó esa tarde de su llegada con el rebote del caballo y me lo repuso, muy correcto en esto, eso sí, y le dije mejor que me lo pusiera en la pared del zaguán para no verme obligada a pagar impuesto de avisos, siquiera, qué cortesía, cómo no iba a pensar yo que era el director de la escuela que hacía dos años estábamos esperando, y con esa cortesía cómo iba a dudar yo del caballo y la sota de Elisa. Le dije entonces al desayuno que esa señorita que estaba conmigo la noche anterior había preguntado por él y él se interesó por ella y esa misma noche los ví juntos en la esquina. Clementina hablaba y hablaba. Que yo era una mujer que traía el mal, que me dijera que no me perdonaba por lo que le había ocurrido a su sobrina, su pobre, su indefensa sobrina, que ante Dios nos veríamos para que diera cuenta de mi pecado. Pero no la recomendé con malos ojos, ese chofer parecía bueno y ella mostraba atracción por él. Clementina hablaba y hablaba como alucinada, loca, perdida en las palabras. No la resistía, no. Le reventaba la boca y le seguía dando hasta que llorara como su hermano Carecuca, gritaba como las espaldas de él azotadas por la saña de ese monstruo que no se cansaba hasta que no interrumpía el furor de Elisa. Que no le hablara de más goteras, que no, eran mentiras, que entonces por qué tenía meados los pantalones, que se callara, que dejara esa algarabía, que por qué, que por qué, que por qué... Y me daba remordimiento, pero siempre tenía que pegarle en la boca y en la cara para que no siguiera viendo a través del bahareque o diciendo ese sartal que era como piedras. Yo terminaba siempre insultándolo a él, pues tiene la culpa de todo, casi hasta decirle que lo iba a mandar a matar, que respetara a Elisa recién muerta, que

ojalá lo pelaran y echaran sal como hacían antes con los liberales. Hacía apenas un mes ella despertó templada, blanca y fría como el viejo. Por eso no se me apartaba de la cabeza el recuerdo de ella cuando el viejo agonizaba. Y no quise verlo después por lo del hábito de San Francisco y tal vez porque creí encontrarla a ella en el cadáver de él, ella que se estremeció ya muerta al sentirme en la casa, torció levemente la cabeza como recordándome algo. Aquello me inquietó. Traté de evadirlo viendo cuáles eran los guardaluces y las alfardas que él hacía sonar y no vi nada, todo es bahareque. Por eso concluí que sí era masón, que sí mataba a Cristo todos los días y pisoteaba su cruz. De pronto como un llanto y crujir de dientes, salió él hecho un energúmeno y empujó la gente hacia la calle empezando por las madres católicas que estaban rezando el rosario. Luego, como pocas veces, lo vi salir y se fue. Y al momento vinieron con la cruz, el aguabendita, el incienso y el padre para hacerle el entierro. Desde entonces, sí que me inquietó su vida. Creo que los tres días siguientes los pasó encerrado sin comer nada, no dio señales de vida. Pensaba a ratos asomarme a ver si era que se había envenenado. En estos días fue cuando más se enojó el viejo conmigo, untaba la caca por todas partes para que tuviera que limpiarla. Yo salía y entraba a su casa. Venía aquí. No sabía qué hacer. Al viejo no le disgustaba que viniera a darle vuelta a la casa, mas era que en aquellos días no me hallaba. Después, apareció en pelota, cómo es que dice el padre Castaño, in téribus, in pérribus, no sé, ahí tendido en el corredor. Antes lo habíamos visto desnudo en el fondo del cuarto. Y Elisa cerraba la puerta. Ahora estaba allí contumaz y ensimismado haciendo la cara de beata implorante que le remeda Carecuca. Tenía que mantenerme aquí peleando con Clementina para que se quitara del hueco de ese muro. Al principio, le decía que nos iba a llevar el diablo y nos santiguábamos juntas. Mas yo presentía como Elisa. Cuando convine con esta irme a cuidar a su papá, que el mismo padre Castaño me lo rogaba, me fuí con miedo, por eso dejé aquí a Clementina, para que me llamara si sucedía algo. Elisa y él llevaban pocos meses de casados y ya no salían a la calle y Elisa nunca más salió, vivía encerrada, él la encerraba y sollozaba la pobre inconsolable con mucha frecuencia. Solo recuerdo que salieron juntos el domingo anterior a la muerte de ella y estuvieron mucho rato sentados en el parque y en la esquina próxima a la casa del viejo tal vez con deseos de ir a hacerle la visita, pero no, no fueron, el viejo hubiera matado a Elisa. Y esa noche tuvieron la pelea más tremenda de gritos y golpes como puñetazos que todavía me recuerda ese algo lento y monótono como olvido que no se condena a su destino. El le decía entre otras cosas que nunca le volviera a hacer esa clase de exigencias, le costaba demasiado ir a hacer una visita. Sí. Fueron diez años de presentimientos. Y nadie me convence de que Elisa no murió de infarto como dicen. El tuvo que hacerle algo. Un diablo de esos tiene la forma de hacer cosas que los demás no advierten. Alguien me ha susurrado al oído la misma presunción. Y es como si me la siguiera repitiendo en este momento, en este momento cuando aún sondea mis oídos ese algo lento y monótono que parece estar tan lejos estrechado por la oscuridad y la distancia y restalla tan cerca entre este aire contenido de sombras, miradas fatídicas y larvas que prosiguen inmutables su proceso de incubación. Ese algo lento y monótono como el croc croc de las ranas que cantan en el río e inundan las calles y la casa con su canto, como el chirrido largo, horizontal y siempre burbujante de los grillos ocultos entre los helechos, las piedras y la noche, parece el eco de lo que ya ha ocurrido o de lo que falta en estos años y en muchos otros, más allá de la duración que el pensamiento recuerde. Sí. Ese algo creo haberlo escuchado antes, antes de estos torbellinos a modo de constante martilleo y también lento y monótono que

siempre ha sido mi vida, este torbellino que fue Elisa, que seguro empezó a morir desde el mismo día de su matrimonio, este torbellino que era el viejo a cada instante rabiando porque yo salía y tenía miedo de un hombre que años atrás había jurado matarlo, entonces yo le sobaba la frente al regresar y se consolaba, este torbellino que fue Clementina, Clementina la que impidió a Gabriel, a Carecuca, su hermano, volver a la casa del sastre y éste tuvo que arreglárselas de otro modo para los mandados. No le digo que lo presentía. Tal vez a ella también le había leído un caballo y una sota. Dos meses después de la muerte de Elisa, ya la había regañado y reprendido mucho para que se quitara del hueco del bahareque del patio y la encerré. Y se fugó y por la noche no le quise abrir la puerta. Después, sentí sus risas en el fondo de ese cuarto de la casa de él, el horrible cuarto donde murió Elisa y fue como si se la hubiera tragado la oscuridad, esta oscuridad que tiritaba sobre mi piel y mis oídos y quiere devorarme a mí también. Todo está precipitado por ese hombre, ese hombre que daba la sensación de estar tragándose constantemente a uno, tragándose, como se tragaba los silencios y su soledad de paños, liencillos y dedales, tragándose al pueblo con sus ojos taciturnos. Me siento buho o lechuza ahogado en la oscuridad como Elisa, como Clementina que después se fue con él, con él para lejos a casarse porque el padre Castaño no quiso, no quiso aceptar ese matrimonio y me dice que tuve la culpa, bendito sea Dios, lo que es ser huérfano y solo en el mundo y estar rodeada por la desventura. Que tengo la culpa. Se fueron un mediodía en esos caballos pintados que le compraron a los gitanos y a la semana siguiente de un abaleo en conmemoración del traslado de los restos del General Flórez al cementerio nuevo e impugnado por quienes ya defendían la memoria de Vicente el viejo y que su retrato debía estar en el salón del concejo Municipal. Y dice el padre Castaño que tuve la culpa, bendito sea Dios, es la vida de los huérfanos y desamparados. Misiá Ester, misiá Estercita, tan querida, usted me va a perdonar, me va a perdonar para recibir la absolución verdadera y morirme, ya no me queda más, ya no me queda más. Sí. Sí. Una tacita de aguadepanela, aguadepanelita nada más. Usted tan querida, misiá Ester, misiá Estercita. Voy a pedir mucho por usted. Y por su marido también, también, y dígame que no se moleste, no se moleste, que cuando se quiere levantar no se sienta incómodo, por algo es el jefe de la casa, de la casa, yo me tapo hasta la cabeza, así era el viejo, igualito, igualito, no podía si había alguien más en el cuarto. Anoche dormí muy bien, gracias, usted tan querida, misiá Estercita, me perdona pero es que en mi casa no puedo dormir siento que me están tragando, devorando, me siento chiquita e inhábil. Es un aire pesado de larvas que se aglutinan en mis labios y pululan como si estuviera en los tres días eternos de oscuridad y el cerebro me pesa, tan querida misiá Estercita, mucho, usted va a disfrutar de mucha gloria, dígame pues a su marido que no se incomode, que yo me cubro hasta la cabeza... Qué? Qué...? Silencio pululante de larvas incubadas por el rescoldo de los días. Estaba soñando con Clementina, pobrecita, no dejaba de hablar de misiá Ester y de Cristobalito. Antes de venirse conmigo la ayudaron mucho y también después cuando salía a la calle porque yo no la encerré con candado más que una vez y se voló para donde ese demonio. Oscuridad expectante entre el olor y el color de las larvas que este buho o lechuza no quiere comer, que no puede comer porque son larvas que van a explotar con el tiempo cuando termine el frío del cuarto. A todo se le llega la hora, su momento como si un algo estuviera marcando el instante preciso de cada quien, de cada cosa. Así se le llegó al cuarto ese del viejo donde guardaba las telas, los paños y las pieles que no quería dejarse quitar de los liberales. Pero como los dos últimos años de su vida no pudo ponerle más trancas, aquellas de hierro y zunchos que le ponía

a la puerta y a los huecos cuando yo no lo viera, pues ya no podía levantarse de la cama y lloraba todo el día. Lo abrimos y la mercancía se hallaba despedazada por las ratas. Solo había en buen estado una caja llena de paja, bollos de rata y tazas de porcelana. De estas, logré sacar algunas antes por un hueco de la pieza y después cuando el padre Castaño dijo que Don Vicente se las había prometido en vida, supe lo que perdía. En aquel instante también se me atragantó un suspiro como muchos que ahora se crucifican en mi cuerpo entre el eco de ese algo lento y monótono que parece una fugitiva esperanza. Ese algo lento y monótono, será el grado de incubación de las larvas, de la salida de los cinco o seis gusanos que veo a diario asechándome como si fueran los ojos de él o el tic tac de los pasos del viejo cuyos golpecitos ya se han vuelto ancianos y gusanosos también. Será el restallido de las aldabas de la tienda, las mismas que todos los días le untaban de caca y que yo tenía que limpiar, el chirrido del candado que Clementina tuvo que romper para irse o le rompieron para irse a esa casa de fantasmas como fardos de angustia. Será el San Antonio que ya perdió el equilibrio de permanecer tanto con la cabeza hacia abajo y se está desintegrando o los traquidos de los guardaluces y alfardas que igual a los judíos parecían estar matando a Cristo, no, lo estaban matando realmente, eran los golpes de la cruz contra el suelo. Ese algo lento y monótono que creo haber acabado de escuchar de nuevo, será el augurio o la realidad de mi muerte, mi desolada muerte, la de Elisa, la de Clementina, tristes, pesadas, agónicas muertes todas. Muertes de cocuyos agotados por la muerte misma y la gelidez de las paredes y al instante preciso marcado por ese algo lento y monótono que me ha atado ahora a la muerte y me he hallado ante unos días y unos años como eternidades cerradas color de larvas, olor de gusanos. Y es como si hace mucho hubiera esperado este aire contenido que me llevara a concluir entre el pánico que esta ha sido mi vida de siempre, mi vida y la de todos. Por eso siento tantas angustias a cuestras. En el corredor está el frío de las calles desiertas en la noche, un frío que todo lo envuelve y sigue incubando gusanos y larvas con el inevitable rescoldo de los días. Ahora estoy aquí ante la gelidez de las paredes y la lóbrega e infinitamente oscura presencia de la casa de ese hombre, de ese demonio y este ahora se oye como un tiempo eterno prolongado más allá de la duración de los años que el pensamiento recuerda. Es como si apenas ahora hubiera vuelto de la casa del viejo. Todavía es domingo por la tarde, aquellos domingos por la tarde sin retreta cuando me llamaba. Todavía es la estática y vacía medianoche en la que todo se estremece y cuando él se moría de miedo como si adivinara a través de las sombras el rostro moribundo de Elisa y me llamaba y yo soñaba aún estar saliendo para el velorio de ella. Todo, todo esto, es la vida de siempre con un aire muerto que se queda y se alarga más allá de los contornos oscuros, de la niebla y del tiempo. Sí. La vida de siempre es un todo que se estremece y crepita en este ahora. Parece una exclusiva imagen de miedo plasmada ante mí por ese algo lento y monótono, miedo que se va desgranando también lento y palpitante igual que persistente gota de agua que cae y nunca deja de caer sobre el mínimo hueco de la piedra. Estoy sobrecogida como si todavía no terminara la agonía del viejo entre sobresaltos tal vez acordándose de tantos abaleos en esta esquina por donde el pueblo ha reventado más de una vez. Quizá desde antes de existir esta esquina ya perseguían a ese hombre infame y cochino. Se oye cada vez más lejos ese algo lento y monótono que ensaya campanadas y silencios y viene el horror, sempiterno a las sombras circundantes como si el viejo siempre hubiera estado muerto entre sábanas blancas, como si esos ojos taciturnos me hubieran seguido siempre. Se oye cada vez más lejos el eco de ese algo lento y monótono, pero parece que fuera

a empezar de nuevo con aquellos latidos lejanos y próximos como una agotada esperanza y un desfondarse de la casa y del pueblo. Y algo se va desgranando lento y palpitante igual que persistente gota de agua que cae y cae y no deja de caer sobre el mínimo hueco de la piedra”.